

**EL TRÁNSITO CÍVICO POR LA CIUDAD:
MÉXICO EN LA MIRADA DE GUILLERMO PRIETO Y FRANCISCO ZARCO**

Lizette Martínez Willet
lizettemartinezw@gmail.com
Universidad Simón Bolívar
Caracas-Venezuela

Licenciada en Letras (UCAB, 2008), Magíster en Literatura Latinoamericana (USB, 2013). Actualmente se desempeña como profesora del Departamento de Lenguaje y Literatura de la Universidad Simón Bolívar (Sartenejas). En la UCAB ha dictado las cátedras de Lenguaje y comprensión de textos (Escuela de Comunicación Social), y de Literatura Latinoamericana del siglo XIX y XX (Escuela de Letras).

RESUMEN

En la literatura latinoamericana del XIX, la ciudad se convirtió en uno de los tópicos más frecuentes entre los escritores que contribuyeron a la reorganización de lo público, luego del proceso de independencia y la estabilización política de las naciones. Estos relatos sirvieron para hacer circular los ideales de orden y civismo que garantizarían la venida del progreso en las nacientes repúblicas. En este contexto, proponemos el análisis de algunos artículos costumbristas de mediados de siglo de los escritores mexicanos Guillermo Prieto y Francisco Zarco, que no solo refuerzan estas nociones, sino que además dejan ver algunos tratamientos que pueden conectarse con las crónicas finiseculares. La revisión comparada de los cuadros urbanos de estos autores permite ahondar en los procedimientos que se emplearon para la representación de la urbe en el período de la consolidación nacional.

Palabras claves: siglo XIX, ciudad, modernidad.

Recepción: 04/07/2017

Evaluación: 14/09/2017

Recepción de la versión definitiva: 18/10/2017

**THE CIVIC TRAFFIC IN THE CITY:
MEXICO THROUGH THE EYES OF GUILLERMO PRIETO AND FRANCISCO ZARCO**

ABSTRACT

In the Latin American literature of the 19th century, 'the city' became one of the most frequent topics among the writers who contributed to the reorganization of the public, after the process of independence and the political stabilization of the nations. These stories served to circulate the ideals of order and civility that would guarantee the coming of progress in the nascent republics. In this context, we propose the analysis of some Hispanic Custom-Period articles from the middle of the century by the Mexican writers Guillermo Prieto and Francisco Zarco, which not only reinforce these notions, but also show some treatments that can be linked to the fin-de-siècle chronicles. The

comparative review of the urban pictures of these authors allows us to delve into the procedures that were used for the representation of the city in the period of national consolidation.

Keywords: 19th century, city, modernity.

**LE TRAFIC URBAIN DANS LA VILLE :
LE MEXIQUE VU PAR GUILLERMO PRIETO ET FRANCISCO ZARCO**

RÉSUMÉ

Dans la littérature latino-américaine du XIXe siècle, la ville est devenue l'un des sujets les plus fréquents parmi les écrivains qui ont contribué à la réorganisation du public, après le processus d'indépendance et la stabilisation politique des nations. Ces histoires ont servi à faire circuler les idéaux d'ordre et de civilité qui allaient garantir l'avènement du progrès dans les républiques naissantes. Dans ce contexte, nous proposons l'analyse de quelques articles sur le costumbrisme du milieu du siècle par les écrivains mexicains Guillermo Prieto et Francisco Zarco, qui non seulement renforcent ces notions, mais montrent aussi quelques traitements qui peuvent être reliés aux chroniques finies. L'examen comparatif des images urbaines de ces auteurs nous permet d'approfondir les procédures qui ont été utilisées pour la représentation de la ville dans la période de consolidation nationale.

Mots-clés : XIXe siècle, ville, modernité.

**IL TRANSITO CIVICO ATTRAVERSO LA CITTÀ: IL MESSICO NELLA VISUALE DI
GUILLERMO PRIETO E FRANCISCO ZARCO**

RIASSUNTO

Nella letteratura latinoamericana del XIX secolo, la città divenne uno degli argomenti più frequenti tra gli scrittori che contribuirono alla riorganizzazione di quello pubblico dopo l'indipendenza e della stabilizzazione politica della nazione. Questi racconti servivano a far circolare gli ideali di ordine e civiltà che avrebbero garantito l'avvento dello sviluppo nelle repubbliche nascenti. In questo contesto proponiamo l'analisi di alcuni articoli costumbristi della metà del secolo degli scrittori messicani Guillermo Prieto e Francisco Zarco, che non solo rafforzano queste nozioni, ma rivelano anche alcune formule di cortesia che possono essere collegati alle cronache finisecolare. La revisione comparata delle carte urbane di questi autori ci consente di approfondire le procedure utilizzate per la rappresentazione della città nel periodo del consolidamento nazionale.

Parole chiavi: XIX secolo, CITTÀ

O TRÂNSITO CÍVICO PELA CIDADE:
MÉXICO AO OLHAR DE GUILLERMO PRIETO E FRANCISCO ZARCO

RESUMO

Na literatura latino-americana do século XIX, a cidade se tornou um dos tópicos mais frequentes entre escritores que contribuíram para a reorganização do público, após o processo de independência e a estabilização política das nações. Essas histórias serviram para circular os ideais de ordem e civismo que garantiriam a chegada do progresso nas repúblicas nascentes. Nesse contexto, propomos a análise de alguns artigos de *costumbristas* de meados do século, os escritores mexicanos Guillermo Prieto e Francisco Zarco, que não apenas reforçam essas noções, mas também revelam alguns tratamentos que podem ser conectados às crônicas de final do século. A revisão comparativa dos mapas urbanos desses autores nos permite aprofundar nos procedimentos utilizados para representar a cidade no período de consolidação nacional.

Palavras chave: século XIX, cidade, modernidade.

Ya a finales del siglo XIX, las principales ciudades latinoamericanas mostraban signos claros de modernización que no solo las distanciaron de los incipientes centros de actividad urbana posteriores a la Independencia, sino que además plantearon la articulación de otros códigos de relación con el mundo y las nuevas dinámicas culturales, políticas, económicas y sociales que caracterizaron a ese período. A este respecto, la ciudad fue más que el fondo de unos sucesos determinantes en sí mismos o de la cotidianidad de sus habitantes: fue —es— un sitio de significación, un lugar de *sentido*¹, y por eso, como ocurrió en la era finisecular y durante la organización de las repúblicas del continente, alcanzó a afectar las conductas, prácticas y sistemas de valoración y producción simbólica de sus sociedades.

Entender la ciudad como un espacio *irradiador* de significaciones pasa por comprender que, simultáneamente, su fisonomía responde, distribuye e instala unas “lógicas” u órdenes que establecen ciertas formas de hacer y observar en sus límites. Como lo señala Ranciére (2011) en relación a la *política de la literatura*, la ciudad también pudiera concebirse como algo que interviene “(...) en el reparto de

¹ En “La ciudad latinoamericana: un topos para la civilización y la barbarie” (2009), Pamela Soto explica que “La ciudad (...) en cuanto manufactura y construcción simbólica representa un *topos* al cual debemos prestar una profunda atención al momento de realizar un análisis o reflexión en torno a lo humano, porque en cuanto lugar en el cual vive la colectividad (...) es una construcción inseparable de la vida civil y de la sociedad, (...) los hechos urbanos no deben ser leídos como fenómenos aislados o anómalos, sino como el síntoma de la colectividad que [la] habita” (En Cáceres, Landaeta y Rojas, 2015, p. 29).

lo sensible que define al mundo que habitamos, la manera como este se nos hace visible y en que eso visible se deja decir” (p. 22). Precisamente, esta idea nos remite a la dimensión ideológica que subyace en los enclaves urbanos y en el conjunto de sujetos, objetos y edificaciones que concentran. La ciudad no puede imaginarse como un ámbito neutral; al contrario, su rostro patentiza al poder que organiza “lo sensible” –su hegemonía, deseos y disciplinas– y a los sectores determinados por ese estado de cosas.

Estas nociones sobre la ciudad, ampliamente tratadas por la historia del arte, el diseño, el urbanismo y la arquitectura, y también por los estudios culturales, sociales y literarios, nos permiten analizar algunas implicaciones de su representación en América Latina en el siglo XIX. Más exactamente, proponemos examinar ciertos textos o cuadros costumbristas de los escritores mexicanos Guillermo Prieto (1818-1897) y Francisco Zarco (1829-1869), en los que se visibiliza la interacción de los sujetos urbanos entre ellos y con el espacio público.

Más que el registro o archivo de los elementos estructurales que componen el panorama de la capital en la óptica de ambos autores, lo que nos interesa revisar es la forma que esta adquiere en sus discursos: la exterioridad que logra Ciudad de México en esos artículos y lo que esto revela en la narrativa que tematiza la ciudad en los años del reordenamiento de los estados nacionales. Y es que además en estos escritores de mediados de siglo, encontramos unas descripciones que se emparentan con la escena urbana de las últimas décadas del XIX, lo que implica un contraste si considera el desarrollo tangible de los núcleos metropolitanos en esa época.

La urbe decimonónica

Para José Luis Romero en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1986), la renovación y el despliegue de los centros urbanos de la región, desde finales del siglo XVIII hasta bien entrado el XIX, fueron lentos y no modificaron su antigua fisonomía colonial. Las guerras emancipadoras y los conflictos civiles, luego de alcanzada la autonomía política, detuvieron la actualización de “(...) las iglesias, las

rejas y balcones de las viejas casonas, [y] el manso conjunto que circundaba la plaza Mayor” (p. 218). Aunque se produjeron algunos cambios en las ciudades que concentraron las instituciones del Estado y las actividades de intercambio comercial, en general, el paisaje urbano no logró reformarse en sintonía con el liberalismo y las pretensiones modernizantes del “patriciado” criollo², como lo llama Romero:

(...) el aspecto de estas ciudades prósperas era todavía muy primitivo. El trazado era irregular; la edificación consistía más en ranchos de paja que en casas de mampostería, y aun éstas eran sumarísimas, como para resolver de inmediato el problema del techo; los terrenos baldíos asomaban en pleno centro urbano, y el centro de la actividad solía consistir en dos o tres calles (Íd., p. 220).

Esta disparidad entre la nueva vitalidad y orden social que impulsó la Independencia y el estancamiento de buena parte de los focos urbanos locales resulta especialmente interesante al observarla en el campo de los discursos. Es decir, esta discrepancia entre las aspiraciones de los sectores que se hicieron del poder y unas realidades que no pudieron transformarse en el mismo tiempo ni con la misma contundencia³ es lo que fija la brecha entre la “ciudad real” y la “letrada” que, siguiendo a Ángel Rama, se leía en “Leyes, edictos, reglamentos y, sobre todo, constituciones” (1984, p. 65)⁴. Según el crítico, el grupo minoritario que ejerció la “facultad escrituraria”, incluso desde el período colonial, intentó concebir “(...) como pura especulación, la ciudad ideal; proyectarla antes de su existencia, conservarla

² De acuerdo al historiador: “Esa nueva generación que desplazó a las aristocracias tradicionales no tuvo, sin embargo, una composición tan simple. Hasta formaban parte de ella, en muchos lugares, miembros de las viejas aristocracias trasmutados en republicanos más o menos sinceros. (...) Los nuevos militares predominaban, ciertamente, pero no faltaban los nuevos y los viejos burgueses, ni los nuevos y los viejos hacendados” (Íd., p. 197). Más adelante agrega: “Era, sin duda, un grupo que deseaba ardientemente el poder y la riqueza; pero no deseaba menos manejar y conducir la nueva sociedad, no siempre de acuerdo con definidas ideologías –que, por lo demás, solo se adecuaban a la realidad de modo muy limitado– sino más bien según concepciones pragmáticas e inmediatas” (p. 203).

³ También para Romero: “(...) un cambio profundo se operaba en [estas] sociedades sin que se produjera simultáneamente una transformación en su aspecto físico [el de las ciudades]. Su trazado y su arquitectura eran predominantemente coloniales, pero las sociedades eran criollas y estaban en plena ebullición” (p. 218).

⁴ Como aclara Juan Pablo Dabove (2009), en el concepto de ciudad letrada Rama incluye a las instituciones, individuos y “prácticas discursivas” que jerarquizaron y ejercieron el poder mediante la lengua escrita (p. 56-57). No solo se trató de poetas o autores vinculados al ámbito oficial, sino también de los administradores, escribanos, médicos y abogados que reglamentaron la vida pública.

más allá de su ejecución material, [y] hacerla pervivir aun en pugna con las modificaciones sensibles que introduce sin cesar el hombre común” (Íd., p. 69).

De acuerdo a Romero, los cambios profundos de la fisonomía urbana en Latinoamérica comenzaron al promediar el siglo. En distintas proporciones y de forma progresiva, a partir de 1840 los núcleos más importantes empezaron a revestir su apariencia anterior gracias al auge que promovían el mercado de importaciones y exportaciones en algunos circuitos —en especial, en las ciudades-puerto como Río de Janeiro o Buenos Aires—, el incremento de la población y las nuevas vías y medios de comunicación, como sucedió con las zonas que se conectaron a través del ferrocarril. También, según Romero, la pacificación y la estabilidad política que alcanzaron algunas naciones en la segunda mitad del XIX contribuyó a que los gobiernos y las capas medias-altas y altas se ocuparan del reacomodo de las capitales, pues esta era una manera de reafirmar su compromiso con el progreso y la ilustración que tanto sirvieron para diferenciarlos de sus adversarios políticos y el sector rural.

La ciudad se convirtió entonces en una especie de barra medidora del atraso o evolución de un país, porque allí se concentraban y materializaban sus éxitos financieros, los avances que mejoraban la calidad de vida, la riqueza, la instrucción de sus ciudadanos y los modelos venidos del extranjero, particularmente franceses, que albergaban la idea de civilización. El trayecto de la “(...) anarquía hacia algún tipo de organización fundada a veces en la fuerza hegemónica de alguno de los grupos [sociales] y otras en la actitud transaccional que surgía tras largos enfrentamientos” en la era post-revolucionaria (Romero, 1986, p. 175) permitió que las ciudades se desarrollaran en términos estructurales y demográficos, y que simbolizaran el haber productivo nacional, tanto en el plano económico como en la cultura.

En efecto, las ciudades —y por extensión, lo urbano— se vieron en la imaginación pública como la pulsión misma del progreso y del conjunto de principios que definieron a las elites políticas e intelectuales que reordenaban la vida colectiva. Estos espacios fueron índices de la razón, del funcionamiento orgánico y las leyes

que se oponían a la dispersión del mundo ruralizado y sus prácticas espontáneas. En su *Facundo*, por ejemplo, de 1845, ya Sarmiento establecía: "(...) no puede haber progreso sin la posesión la posesión permanente del suelo, sin la ciudad, que es la que desenvuelve la capacidad industrial del hombre" (1985, p. 29)⁵. La ciudad era pues el emblema de lo potencialmente útil.

Pero además, los circuitos urbanos de mitad de siglo (y años siguientes) representaron la posibilidad de intercambio y consumo de unas experiencias que hacían a sus habitantes más versátiles y refinados, y que los emparentaban culturalmente con sus pares metropolitanos de Europa. Los trajes, la ópera, pasear por la ciudad, los estilos arquitectónicos, las comidas y las influencias literarias, solo por nombrar algunos aspectos, significaron un *modo de ser y estar* civilizado, más aún, renovado que también sostenía los planes de progreso nacional. Aunque la modernización más radical de estos entornos y la sensibilidad moderna se fijan en las últimas décadas del siglo XIX, sus ciudadanos anticiparon un tipo de actualización, en sus hábitos y usos, que buscó ponerlos en el orden del mundo. Recoge Carlos Fuentes en *El espejo enterrado* (1994):

Un periodista colombiano añadió que *los gustos* de Bogotá, a medida que progresó de oscura capital provinciana a moderna capital cosmopolita, podían ilustrarse con lo que las clases altas bebían en 1810 (el tradicional chocolate hispano-indio), en 1840 (café francés) y en 1860 (té inglés) (p. 300, el énfasis es nuestro).

Ahora bien, si las costumbres y dinámicas de la ciudad la llevaron a significar el avance y el desarrollo que estas naciones ambicionaron desde su fundación, también consideremos que la literatura y el periodismo, más que contribuir, intensificaron esta alianza. La prensa y la escritura literaria no solo respondieron a

⁵ En otra parte del texto, el autor distingue que "El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive de la vida civilizada, tal como la conocemos en todas partes: allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción, alguna organización municipal, el gobierno regular, etc. Saliendo del recinto de la ciudad, todo cambia de aspecto: el hombre de campo lleva otro traje que llamaré americano, por ser común a todos los pueblos; sus hábitos de vida son diversos; sus necesidades, peculiares y limitadas; parecen dos sociedades distintas, dos pueblos extraños uno de otro. Aún hay más: el hombre de la campaña, lejos de aspirar a semejarse al de la ciudad, rechaza con desdén, su lujo y sus modales corteses, y el vestido del ciudadano, el frac, la capa, la silla (...) Todo lo que hay de civilizado en la ciudad, está bloqueado allí" (Íd., p. 29).

las circunstancias históricas y culturales de cada país, sino que además divulgaron y distribuyeron los ideales de reconstrucción nacional que conformarían a sus sociedades burguesas. Por eso, las novelas, ensayos, crónicas y artículos tomaron a las urbes como materia narrativa, en la que una visión de futuro más cosmopolita y mercantilizada se informaba –e instruí– en los comportamientos de los personajes o en el registro de las novedades locales y foráneas. Así, este anclaje del progreso en los textos que trataron a la ciudad puede verse como otra de las claves del vínculo estrecho entre “política y ficción”, reforma y palabra que Doris Sommer analiza como propiedad constitutiva de los discursos en este período y de la vocación pública de sus autores (2004, p. 23)⁶.

De los géneros que mediaron este diálogo entre ciudad e ideología, nos interesa subrayar la forma en que operó el costumbrismo –en especial, romántico–, porque más que el retrato de algunas prácticas y sujetos de la escena urbana, sus cuadros incorporaron los imperativos de organización y modernización estatales. En los artículos costumbristas, las descripciones del entorno y sus tipos sociales también fueron mecanismos para censurar o autorizar lo que recopilaba la mirada del autor-observador: en ellos, los *trozos* de realidad se cruzan con las lecciones morales, el cuestionamiento y el análisis. Para Douglas Bohórquez (2007), “Es la voluntad crítica lo que lleva precisamente al costumbrismo (...) a trascender el ámbito de lo puramente descriptivo y a aproximar su estructura discursiva a esa tensión más propia del ensayo” (p. 25). La naturaleza interpretativa e imaginativa de estos textos los hizo funcionar entonces de manera política, les dio un *uso político*, que les permitió crear la *ilusión* de una totalidad articulada con los proyectos oficiales, más allá de las ciudades reales.

⁶ Alberto Blest Gana define claramente la labor política de esta literatura en su discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile: “Las letras deben (...) llenar con escrupulosidad su tarea civilizadora y esmerarse por revestir de sus galas seductoras a las verdades que puedan fructificar con provecho de la humanidad” (En *Estética hispanoamericana del siglo XIX*, 2002, p. 183).

Justamente, esto último es lo que puede conectar a los cuadros de costumbre *cívicos* con las crónicas finiseculares de la ciudad. Es decir, la dimensión crítica y especulativa de estos artículos también caracterizó al lugar de enunciación y a la óptica de los cronistas de finales de siglo, esta vez, sin la intención pedagógica, sin la misión ética que imponía levantar a la nación. Julio Ramos, en *Desencuentros de la modernidad en América Latina* (2009), aclara que este segundo grupo de textos buscó más bien confrontar el fragmentarismo, los valores de intercambio y consumo, la cultura de masas y “la racionalidad mercantil” que producía una visible y más creciente modernización capitalista (p. 313-314). Aquí, los discursos sobre la ciudad configuraron una estrategia para procesar su “(...) cotidianidad aún ‘inclasificada’ por las formas instituidas” (Íd., p. 251) o, en otras palabras, para mediar con los nuevos tipos de relaciones, temporalidades y conductas sociales que procedían de este contexto.

La crónica finisecular buscó responder, y en cierta medida controlar, el flujo de cambios que sobre todo originó la expansión del comercio exterior en los grandes centros urbanos de Latinoamérica⁷. A la presencia y heterogeneidad de unas sociedades “multitudinarias”, a la especialización de las actividades políticas, administrativas y económicas, al crecimiento de los núcleos y periferias en las ciudades, a sus adelantos técnicos⁸, y a las desigualdades que generaba el reparto de los bienes y la prosperidad del mercado –dice Gutiérrez Girardot que en estos países “(...) la pobreza se encubrió con riqueza” (1987, p. 500)–, la mirada crítica del cronista impuso un orden, un *disciplinamiento* a través del lenguaje que le permitió manejar y dominar las convulsiones del mundo moderno. Este fue su gesto

⁷ Para Romero (1986): “(...) el cambio estaba vinculado con cierta transformación sustancial que se operó por entonces en la estructura económica de casi todos los países latinoamericanos y repercutió particularmente sobre las capitales, sobre los puertos, sobre las ciudades que concentraron y orientaron la producción de algunos productos muy solicitados en el mercado mundial” (p. 247). Algunos de estos bienes, fundamentalmente agrícolas, fueron el café, la caña de azúcar, las lanas y las carnes.

⁸ A partir de 1880, en algunos circuitos metropolitanos, “La iluminación pública a gas deslumbró a quienes estaban acostumbrados al aceite, y la eléctrica colmó de asombro a los espectadores el día que encendieron los primeros focos. Los tranvías a caballo fueron reemplazados por los eléctricos, y más tarde empezaron a circular los autobuses. En alguna ciudad apareció un aeródromo. Y cuando ya se había difundido el uso del telégrafo y del teléfono, empezaron a levantarse antenas transmisoras y receptoras de radiotelefonía. Año más, año menos como en Europa, porque el trasvasamiento de las innovaciones técnicas fue casi instantáneo en Latinoamérica” (Íd., p. 281).

político y subversivo: la territorialización discursiva de los segmentos que se desplegaron en el panorama urbano, su *concentración* en el texto o, como señala Ramos, la creación de “simulacros de comunidad” orgánica donde no los había significó el poder de la letra frente a esas transformaciones y el reclamo de diferencia de los escritores ante la masificación (2009, p. 313).

La voluntad de especificidad o autonomía de la literatura en relación a los otros saberes —ciencias sociales y jurídicas, por ejemplo—, a la estructura del Estado y a cierta concepción burguesa del arte⁹ fue un hecho central en la producción escrita de finales del siglo XIX, en el que también se inscribe la crónica. Ramos explica que aunque estos textos representaron “(...) la zona menos especializada del campo literario finisecular” (Íd., p. 311) —zona en donde escribir sirve para el sustento—, permitieron la exploración de los discursos que presionaron los límites de la literatura (su lugar y utilidad en este contexto), en especial, los que estaban ligados a las nuevas experiencias de la urbe (p. 314). Precisamente, en esto radica el contraste entre los autores de costumbre y cronistas: si los primeros reinventaron la escena pública en sintonía con un *deber-ser-nacional-moderno* que avalaba un sentido de futuro, los segundos ahondaron en su escrutinio, en el examen de los “efectos” que este deseo materializó en las más importantes capitales de la región.

Ciudadanías del progreso: el caso de la capital mexicana

Tanto Guillermo Prieto como Francisco Zarco piensan a la Ciudad de México como una especie de organismo vivo siempre mudable y en marcha, atributos que la hacen hablar por sí misma, sus habitantes y hasta el país. Para estos escritores periodistas, el entorno urbano configura un lugar en el que sus códigos y prácticas muestran la coherencia de la sociedad y su curso; es un lugar de significaciones.

⁹ En opinión de Graciela Montaldo (1995), “Lo que por entonces se estigmatiza como el ‘arte burgués’ es un conjunto de textos y discursos que cada día tiende más a la masificación a partir de los modelos de la historia del arte, del uso de ciertas formas del canon de la tradición cultural” (p. 14). Así, “(...) la cultura del período fluctúa entre la fundación del sistema moderno de relaciones intelectuales y una actitud explícitamente frívola y mundana condensada en el culto a la moda y el espectáculo” (p. 13).

En uno de sus artículos, Prieto señala: “Domina un deseo público, sorprende una novedad, aflige un mal, las calles lo delatarán al momento, los rótulos de las tiendas, las pinturas de las pulquerías” (2013, p. 18). Y lo que *delata* la ciudad, lo que ella comunica conforma el horizonte reescrito por el observador en sus cuadros, es lo que acapara su vista y se vuelve materia de interpretación y análisis.

Para indagar sobre lo anterior y sobre algunas implicaciones de la representación urbana en estos autores, hemos decidido seleccionar cuatro textos: “Ojeada al centro de México” y “Cartas sobre México II (Alameda y Bucarelli)” de Guillermo Prieto, publicados en 1842 y 1843 en los periódicos *El Siglo XIX* y *El Museo Mexicano*, respectivamente; y para Zarco, “México de noche” y “El crepúsculo en la ciudad”, aparecidos en *La Ilustración Mexicana* entre 1850-1852. En todos ellos, lo central es la imagen de la capital, sus costumbres y unas formas de uso que nos permiten compararlos y poner en diálogo sus propósitos.

Un rasgo del ambiente urbano que exhiben estos artículos es la presencia de un clima de agitación y compulsión, producto de las actividades comerciales que allí se concentran. Lo que prevalece más en estos retratos de la ciudad es la aglomeración de negocios y gente que circula entre ellos, como si se tratara de una acumulación que desborda las calles. Aquí, la base del bullicio y la movilidad, del tránsito urbano, está en los locales para el consumo y la venta. Es por eso que ambos escritores se extienden en la enumeración de estos sitios, junto a la de los sujetos que los visitan o desempeñan labores concretas. El personaje-observador en “México de noche” de Zarco describe:

La oscuridad es densa, y mucho más lo fuera si no la disiparan los quinqués de las *boticas*, de los *estanquillos*, de las *sederías* y de otras *tiendas que permanecen abiertas hasta la diez de la noche*. En cada tienda de éstas hay tertulias en que están reunidos algunos parroquianos; unos porque no tienen otra cosa que hacer; otros porque galantean a la muchacha que está detrás del mostrador. Los coches del sitio encienden también sus candilejas y *se miran cruzar en todas direcciones; detenerse en las puertas de las fondas, en los cafés, etcétera*, porque son la mejor guía de forasteros (1994, p. 546, el énfasis es nuestro).

Lo mismo ocurre en la “ojeada” que Prieto nos ofrece del casco central mexicano: “(...) todos pululan allí: la puerta los sostiene, los traga y los vomita” (2013, p. 20). Porque además en esta variedad de espacios que dan la impresión de un desarrollo productivo, estos autores condensan a unos grupos sociales que se caracterizan por su heterogeneidad. En los cuadros que analizamos, el dinamismo urbano se potencia, se hace mucho más intenso, gracias a las menciones de los distintos sectores que ocupan la ciudad. Cada escena se convierte en foco de un pluralismo que no busca ser resuelto, sino que se prolonga porque todos realizan algo diferente, con una apariencia y modos también desiguales. Los “artesanos”, “empleados de oficina”, “vendedores”, “ancianos”, “calaveras”, “dependientes”, “funcionarios” y “padres de familia”, entre otros actores, coexisten e intervienen *simultáneamente* en este medio, y es ese efecto de multiplicidad y proliferación lo que crea la sensación de fragmentarismo, e incluso de cierto caos.

Para ambos articulistas, la Ciudad de México muestra un exterior desordenado y confuso que la hace ver como una metrópoli en pleno auge. En especial, en los textos de Francisco Zarco, sus narradores –que recorren y miran a la ciudad¹⁰– advierten los ruidos, “los gritos de la tarde”, la precipitación de los transeúntes, sus desplazamientos continuos y la marcha de gente que inunda los alrededores. Expresa uno de ellos: “Pronto es casi imposible andar” (1994, p. 221), y esta queja descubre un entramado complejo, tumultuoso, que se acerca más a la idea que tenemos de una ciudad moderna. Lo que proponemos es que en estos escritores lo urbano también se presenta como algo que no puede organizarse sistemáticamente de un solo vistazo o sin dificultades –los que caminan lo hacen tropezándose–, porque su imagen excede al núcleo comunitario de contacto directo y tiende a la masificación. De igual modo, la voz narrativa “reconoce” en el cuadro de Prieto:

¹⁰ Si bien es cierto que estos personajes se acercan a la figura del *flâneur* o del mirón que atraviesa la ciudad para curiosear sus cosas, también hay que decir que su perspectiva no responde exactamente al tipo “(...) de entretenimiento distintivo de las ciudades finiseculares, sometidas a una intensa mercantilización que además de erigir el trabajo productivo y la eficiencia en valores supremos, instituyó el espectáculo del consumo como nuevo modo de diversión” (Ramos, 2009, p. 233-243). Como lo identificamos más adelante, la flanería en Zarco no es un deambular sin una intención precisa o el puro gasto.

“Vamos: imposible parece describir este centro de México” (2013, p. 18), como si su lenguaje fuera insuficiente, precario para registrar las variaciones que los ojos ven. Sin duda, esta doble imposibilidad –de *andar* y *describir*– remite a una fluctuación que se resiste a ser contenida y que se separa del marco urbano que describiéramos con Romero en la primera parte de este trabajo.

Esta apariencia convulsionada y, hasta cierto punto, desarticulada de la capital en ambos autores nos hace pensar en la “representación del desastre” que emplearon los cronistas de finales del s. XIX para problematizar los impactos de la modernización, de acuerdo a Julio Ramos (2009, p. 221). Entre ellos y los escritores mexicanos bien pudiera trazarse este puente, pues en los dos casos tiene lugar esa percepción vertiginosa y dispersa de la ciudad, que es otro síntoma del devenir del progreso. Pero además, coinciden en la “puesta en orden” de lo cotidiano, no solo porque el relato de lo visto-oído permite esa ilusión, sino también porque en estos textos operan algunos procedimientos para suavizar y hacer controlable la materia narrada, como sucede al decorar un sitio. Tanto en las crónicas finiseculares como en Prieto y Zarco hay una insistencia por armonizar o “maquillar” el rostro urbano, incluyendo a sus amenazas: en los primeros, según Ramos, como contraparte de las “zonas antiestéticas” que exhibía la modernidad, es su reverso crítico (Íd., p. 314)¹¹; en los segundos, como una manera de recrear, digamos, un estado saludable en el contexto de la construcción nacional.

En este sentido, la presencia de *familias enteras* en los cuadros costumbristas contribuye a atenuar la diseminación y compulsión urbanas. Que sus miembros puedan atravesar y usar juntos estos espacios, sobre todo los de ocio, deja ver que la ciudad refuerza su parentesco, su unión –también símbolo del “concierto” social–, más allá de los cambios y la apertura de los sectores económicos que apuntamos

¹¹ Este cuestionamiento de finales del s. XIX plantea diferentes posiciones, de acuerdo a Ramos. Junto a la retórica del caos y la decoración urbana, cronistas como Martí impusieron la “(...) la tradición, la experiencia arcaica, la ‘sensación de infancia’ sobre lo moderno, ligado ahí a la tecnología y a la ciudad” (Íd., p. 231). Otros autores, como Gómez Carrillo y Darío, se sirvieron del lujo o la “estética del derroche” –de la “fetichización” de los bienes culturales y del mercado– en la que “(...) podría leerse la subversión del utilitarismo de los otros discursos” (p. 219). En todos los casos, lo que predomina es la postura crítica y de reacomodo del escritor frente a la realidad.

antes. Durante la noche, por ejemplo, el narrador de Zarco fija su atención en las madres que caminan con sus niñas, tomadas de la mano, o en los esposos y sus hijos que se retiran contentos a la salida del teatro, luego de la ópera¹² (1994, p. 549). Aquí no hay desintegración como consecuencia de la expansión modernizante, sino que su flujo se compensa a través de la familia y su valor tradicional. Estas referencias permiten además introducir unas escenas pintorescas que, a la par, son agradables a los ojos y humanizan la convivencia urbana. En “Cartas sobre México II” de Prieto, la voz narrativa recoge este tipo de impresiones en el corredor de la Alameda:

El niño que apenas se sostiene en sus piecitos vacilantes; la jovencita que, ya al pasar cerca de los espectadores de mayor edad, limpia su traje y arregla su pañoleta que jugaba con el viento; el mocozielo que haciendo cabriolas cree volar en los lomos del ardiente bridón, y el rapaz que juega como su papá, a gente fina y a señor decente, y se pasea como apartado del bullicio, pero impaciente porque no fijan la atención en él.

Estos cuadros, todos placer, todos recuerdos, los observan ya el padre embebecido y lleno de ternura; ya el anciano solitario que revive los recuerdos de su edad primera; ya la turba de ávidos dulceros y de vendedores de muñecos (2013, p. 58).

Aunque este personaje señala que su tránsito por la avenida es una manera de despojarse de su *provincialismo* para inscribirse en el mundo representado por la ciudad –su deseo de novedad desplaza al divagar turístico–, sus descripciones tienen un contenido edificante que consolida la unidad social-familiar y sugiere la vuelta a “un tiempo pasado”, a unos hábitos anteriores que equilibran la actividad de la “turba de ávidos” comerciantes en ese sitio. Así pues, “La Alameda es un recuerdo de flores y de perfumes; es una página en que ha dejado escrita todo mexicano la historia de su infancia” (Íd., p. 58), y la nostalgia que subyace en esta

¹² En “El crepúsculo en la ciudad”, también dice la voz narrativa: “¡Y a pesar de mi carácter siempre igual, no puedo menos de suspirar al ver a esos niños de blondas cabelleras, de frescas mejillas y de ojos vivos que vuelven a sus casas a recibir en la frente el beso de la madre que los espera impacientemente para llenarlos de caricias!” (1994, p. 218).

perspectiva le abre un lugar a la capital en la tradición, la ubica en una época previa, que le permite tener una función formativa entre los ciudadanos por ese motivo. Porque del mismo modo en que la naturaleza y el urbanismo se integran en el paseo sin contradicciones, estas imágenes de Prieto crean una simbiosis entre las virtudes asociadas a la niñez y a la belleza del paisaje con las aspiraciones de renovación cosmopolita; ambas son *totalidades*, puntos de confluencia que logran armonizarse *en y por* el ambiente urbano.

En relación a este pintorequismo constitutivo, tradicional y familiar, hay que preguntarse por la forma en que los escritores mostraron las zonas de peligro de la ciudad y sus sujetos. Nos referimos exactamente a la representación de los colectivos al margen del progreso y la instrucción cívica que caracterizó al s. XIX: los “léperos”, las prostitutas, los desclasados y habitantes de los suburbios. La concentración de bienes materiales y simbólicos en núcleos muy específicos de las sociedades latinoamericanas en los años 40 y 50, como al principio expusimos con Romero, también significó la exclusión de ciertos grupos que complejizaron su taxonomía y que en esta medida se convirtieron en indicadores de su desarrollo. Visto de ese modo, las posiciones y figuraciones de estos elementos en la escena urbana también nos permite comprender la óptica de los autores con respecto al país.

En concreto, en los textos de Guillermo Prieto, la miseria urbana, sus sectores más bajos, se tratan descarnadamente, es la “población degradada y asquerosa” que interrumpe la vista de los observadores y sus *periplos productivos*, que ponen de manifiesto la dinámica social urbana y la retribución que ella da. Este es el “borrón de México”, su parte negada o lo que lo desvía del progreso cultural y económico, son los rastros de una *pre-modernidad* insana que, por momentos, suspende su accionar útil. En la misma Alameda, el narrador detiene su relato casi *bucólico* para incorporar esos otros residuos que, como en el centro de la capital, atentan contra su estabilidad:

No dejó de repugnarme altamente la vista de una puerta con su verja de fierro que guardaba la de un cuarto inmundo, en donde se exponen los cadáveres recogidos por la policía.

Además de no ser tal paraje introducción de muy buen gusto para un sitio de recreo, la fetidez del lugar puede ser nocivo a la salud; por otra parte, y pon cuidado lo serio que te digo esto, la vista de cadáveres de ambos sexos, medio y más que medio desnudos, goteando a veces sangre corrompida, repito que es desagradable: en la verja pocas veces dejan de llorar los deudos de los difuntos; yo aparté la vista, y cuando quise dar vuelo a mis lúgubres reflexiones no pude, por el singular agrado con que me vi frente a Bucareli, no sin llevar mi pañuelo a la nariz, al terminar susodicha banqueta de la Acordada (2013, p. 59).

Del fragmento anterior pueden extraerse varias precisiones. En primer lugar, esta especie de morgue que afecta la sensibilidad y los sentidos del personaje-narrador, sacándolo de la pura contemplación del entorno, pareciera evidenciar esas áreas inertes, estancadas, que se oponen al avance urbano. Aquí, la muerte, las *otras* familias que lloran, la descomposición de los cuerpos, su amontonamiento indiferenciado y la fealdad anuncian el *fuera de sitio* de la razón y las “mejoras” espirituales-materiales que la ciudad potencia. Lo segundo, aunque Prieto no obstaculiza la visión –patética– de estos elementos “inservibles” a la organización cívica, sí alcanza a disminuir su peligrosidad porque los presenta contenidos, los pone en un espacio localizable y delimitado, del que no puede distinguirse ni diseminarse algún sujeto específico: en el paseo, los “cadáveres” están detrás de la “puerta con su verja de fierro”; en el casco urbano, la “crápula” reside en la plaza central. Si bien en estos reductos se asoma una clase de enfermedad que altera la salud mexicana, que interfiere el crecimiento del país, que el escritor restrinja su campo de acción de esta manera para seguir, sin mayor trámite, con los pasajes amenos –“(...) me vi frente a Bucarelli”– no solo minimiza el mal, sino que también autoriza su erradicación.

De allí que Prieto insista en recrear ámbitos de la ciudad en los que domina la variación y lo diverso, porque es lo que remueve a estos focos e higieniza el lugar. En los artículos, el autor apuesta a la extirpación de estas concentraciones

corrompidas, tanto en lo físico como en lo moral, desplegando esas imágenes de tránsito, movilidad e incluso de construcción de nuevas obras que *anticipan* el desarrollo urbano y nacional: "(...) los andamios que se ven por la universidad, parece que aseguran una verdadera regeneración en ese sitio" (Íd., p. 20).

Por eso, lo popular también es incorporado en la visión de Ciudad de México, es otro de los componentes que diversifica su exterior. En los cuadros, los vendedores de "jaranitas de tejamanil" y "pasteles", los "lecheros", "carboneros", "indios polleros" y otros extienden el repertorio de tipos sociales que se alternan en la urbe, haciéndola productiva por los oficios que desempeñan. Precisamente, este último rasgo permite diferenciar a estos sectores de los que suponen atraso, porque en Prieto lo tradicional-local no impide el progreso, no paraliza su secuencia positiva, sino que, al contrario, lo arraiga, lo *mexicaniza* y este es un modo de legitimar su puesto en el proyecto de la nación. De cierta forma, la inclusión de lo popular garantiza la *propiedad* de los ciudadanos sobre ese porvenir, que es además lo que reafirma el escritor al cuestionar la adopción arbitraria de modas extranjeras. Para Guillermo Prieto, la reforma y la literatura que la difunde no pueden distorsionarse con "(...) las máscaras, la ficción, el buen tono, [los] dientes postizos y pelucas", traídas de París (p. 19). Su perdurabilidad se define pues en términos nacionales e identitarios¹³.

En el caso de Francisco Zarco, la masa empobrecida y no mercantilizada, que se repliega en los límites de la ciudad, tampoco contradice la atmósfera modernizante, de flujo cultural y económico que escenifican sus textos. Como apuntamos antes, en ellos, el entorno urbano se muestra como el centro de la vida burguesa, con una sociedad organizada en función del comercio y la dinámica que este impone. Pero

¹³ Para el escritor, esta es una de las tareas principales del costumbrismo: profundizar en el ámbito tradicional para desde allí promover cualquier regeneración. En otro de sus artículos, "Literatura nacional (cuadros de costumbre)", publicado en la *Revista Científica y Literaria de México* en 1845, él explica: "(...) esos retratos vivos de la vida común, que pueden calificarse de una sola ojeada, comparándolos con los originales, requieren de sus autores, observación prolija y profunda del país en que escriben, tacto delicado para presentar la verdad en su aspecto más risueño y seductor, y un juicio imparcial, enérgico y perspicaz, que los habilite para ejercer con independencia y tino la ardua magistratura del censor" (2013, p. 9-10). Se trata de una voluntad que indaga, alecciona y que, en esa medida, define el acontecer nacional.

la ausencia de tensiones entre ese colectivo y el *mundo representado* por el autor se debe, en principio, a que su visibilidad, su aparición en los relatos de los observadores es muy escasa. En contraste con Prieto, en estos artículos, pocas veces se mencionan personajes ligados a la esfera tradicional o a ocupaciones menos técnicas y especializadas, como si la mirada de los narradores no alcanzara –o no quisiera– captarlos, porque solo se interesa en la cotidianidad de la capa media. Cuando son vistos, a la distancia y sin especificaciones, lo que se destaca es un tipo de reforma que los incorpora a la lógica burguesa y a su urbanismo modernizado. La siguiente cita de “México de noche” muestra lo que proponemos:

(...) ni velorios en que se baile delante del muerto, ni espantos, ni apariciones en las casas de vecindad, ni padres que dicen misa a medianoche, ni ahorcados que vagan por la ciudad. Ya aun la tradición se pierde en el vulgo mismo de la *llorona*, del *coche de lumbre* y otras mil curiosidades que se prestan al romance y a la leyenda. ¿Ha mejorado la policía? No; pero ha mejorado el pueblo y ha disminuido la ignorancia. Las clases trabajadoras se acuestan temprano y duermen en paz. La quietud nocturna de nuestra capital, no me parece, como a algunos, síntoma de atraso (1994, p. 549).

Pareciera entonces que la inclusión de este sector al cuadro de la capital pasa por *anular* cualquier índice pre-industrializado, de prácticas y saberes populares, porque interfiere con el modelo de sociabilidad que el autor busca representar. La superación de estas costumbres es lo que permite concentrar uniformemente a esos grupos en una “clase trabajadora” que sí coincide con la ciudadanía que habilita Zarco en sus textos. Este es el *disciplinamiento* que los recoge en los suburbios, que les impone una mecánica –dormir “temprano” y “en paz”–, y que, como resultado, los hace partícipes del desarrollo urbano. Su estandarización suaviza la expresión del margen, el peligro que pudiera suponer, y crea un efecto de armonía social, de correspondencia *orgánica* entre sus partes, más allá de la compulsión y agitación que se exhiben en las calles: “El pueblo cena, la clase media y la alta hacen visitas, van al teatro, o se aburren en un sofá” (Íd., p. 222).

Como lo explica Cecilia Rodríguez Lenmann (2008), en Zarco prevalece “(...) un deseo [por] presentar el espacio urbano como un conjunto armonioso donde las contradicciones, injusticias y paradojas, son pasadas por alto, edulcoradas y

domesticadas” (p. 11). Porque este escritor no solo tiende a obviar, a escamotar a los sujetos y áreas que quiebran la estabilidad de actividades productivas y refinadoras del gusto y la sensibilidad (el teatro, el paseo) que ilustran un modo de ser urbano, sino que también se propone su reacomodo, su inserción de manera normativa que es lo distintivo de esta ciudad (civilizada, modernizada) del presente: “Y en cuanto a crímenes son exagerados tantos lamentos. Ya no hay ladrones astutos como Garatusa, ni enebados y endiablados como en tiempo de Revillagigedo” (1994, p. 549). Así, los léperos y prostitutas, por ejemplo, que pueden verse como la síntesis de la marginación, la pobreza y la negatividad, tienen una presencia regulada en los textos, *inofensiva* y *sana*, que sirve más para diversificar lo heterogéneo de la urbe y reafirmar su mejora *progresiva*:

(...) siguen a los transeúntes los muchachos que tienen hambre y los viejos que hace treinta o cuarenta años se lamentaban de estar en tierra ajena... *Hace poco* las calles principales a esa hora estaban llenas de mujeres desgraciadas que también se habían adornado cuanto podían para ostentar sus encantos al pasar por los claros iluminados por las tiendas... *ahora, el desorden en las costumbres se ha ordenado*. Por algo se había de empezar (Íd., p. 547, el énfasis es nuestro).

Este otro orden que conforman los grupos empobrecidos y excluidos de la capital y en el que se evidencia la aspiración disciplinante de Zarco, como señalábamos con Rodríguez, su intención deliberada por dejarlos ver minoritarios, autocontentidos y pacíficos, patentiza una decoración, un embellecimiento de la escena urbana más radical que en Prieto y que ahonda la brecha entre su *ciudad escrituraria* y la que registra la historia. No sólo se trata de que su visión sobre el panorama urbano implique ciertos contrastes al compararla con el desarrollo parcial y deficitario de las ciudades de mitad de siglo, de acuerdo a Romero, pues en ambos autores observamos un exterior de Ciudad de México “movilizado” *para* y *por* el progreso, que se plantea más como una *realidad* que como *ambición*. Lo que nos resulta llamativo es que Zarco borre los elementos altisonantes en su cuadro, que recree

un tipo de unidad social sin conflictos y en sintonía con el avance mercantil en el contexto posterior a la invasión de los Estados Unidos a México en 1846:

(...) la pérdida de la mitad del territorio nacional, tenía consternados a todas las clases sociales; y más empobrecido aún el erario municipal, tuvo que abandonar importantísimos servicios. Así, al mediar el siglo XIX, en 1850, el aspecto de la ciudad era desastroso (Galindo y Villa en Rodríguez, 2008, p. 12).

Pero a esta coyuntura problemática, a la decadencia social y económica de la postguerra, el escritor opta por su invisibilidad, por esquivarla con un pluralismo que si bien reside en el modo en que cada uno *ocupa* y *utiliza* la ciudad, no lo es menos que también subyace en la complejidad de la condición humana, que advierten los narradores al concluir sus relatos. La acción y la multiplicidad de los actores sociales, acoplados en esa especie de equilibrio o pacto armonioso, son referentes que cancelan el deterioro histórico mexicano y que derivan en la reflexión sobre la urbe como espacio que agolpa simultáneamente las contradicciones del hombre, como lugar que condensa su *naturaleza variable*: "En ese conjunto está todo lo que admiramos y lo que despreciamos, lo que esperamos y lo que tememos, la pureza y el crimen, el genio y la estupidez, la opulencia y la miseria" (1994, p. 222). Porque en los textos la diversidad de los sujetos representados se *intensifica* y se *compensa* a la vez, es el gesto doble de Zarco al apelar a lo humano, con las "(...) escenas más raras, y los contrastes más extraordinarios de la vida íntima, [que] se verifican a un tiempo, sin que las separe más que una pared" (Íd., p. 550):

La ciudad duerme y está quieta y tranquila. Pero no duermen todos los habitantes: que unos se retuercen en el lecho del dolor; otros lanzan su último suspiro; otros no pueden dormir porque los desvela su ambición; la mujer está en insomnio luchando con pensamientos de amor; para muchos es la primera noche de bodas; hay hombres que permanecen hasta el amanecer en el tapete del juego; hay maridos que entran tarde a su casa sin que nadie los sienta; hay esposas que comenten infidelidades; hay poetas y literatos que escriben o estudian en medio del silencio; hay reuniones misteriosas que tratan de conspiraciones; hay canciones en los cuerpos de guardia; sacerdotes que salen a confesar a un moribundo; infelices que duermen en la calle porque no tienen casa;

(...) La calma nocturna es, pues una tregua a la lucha que tienen entablada *todas las pasiones y todos los deseos* (p. 550, el énfasis es nuestro).

La uniformidad entonces no solo es producto de la voluntad ordenadora que aminora las zonas de peligro y pone en marcha a la ciudad, sino que surge con estos tópicos de carácter universal (las penas, las pulsiones humanas y la muerte), que crean otra nivelación. Aunque esta perspectiva que no puede mirar al mundo en un único sentido parezca más cercana a la escisión del hombre que promueve la imaginería moderna, la prolongación infinita de estas situaciones lo que hace es desplazar las diferencias entre los sectores que ocupan la ciudad.

La comunidad urbana

Benedict Anderson, en su texto *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (1993), destaca la incursión del libro y del periódico como las “formas imaginativas” que, a partir del siglo XVIII en Europa y después en Latinoamérica, contribuyeron a generar y difundir redes de “parentesco” o asociación entre los integrantes de una territorialidad determinada, base del proceso de creación de los nacionalismos en la era moderna (p. 46). Ni la “calidad de nación”, como la llama el crítico, ni las filiaciones que permiten que una comunidad se reconozca como tal existen fuera del discurso y el lenguaje que las enuncia, porque son construcciones mediadas por los signos, es decir, son en cuanto se materializan a través de las palabras, y también de algunas prácticas y ritos. Por eso, lo que se imagina común y define, en consecuencia, una identidad es más un artificio, un tipo de convención que un *absoluto*: estos vínculos filiatorios no son directos y tampoco reales, se originan por múltiples operaciones de la lengua, a pesar de que los *asumimos* con cierta naturalidad y de que logran una “legitimidad emocional profunda” en el tiempo (Íd., p. 21).

Estas ideas sobre la conformación discursiva de la comunidad y la importancia que tiene la escritura en este sentido nos hacen pensar en la unidad del escenario urbano que plantean Guillermo Prieto y Francisco Zarco en sus textos. Sus representaciones de la ciudad capital y de los sitios y la gente que la habita ponen

de relieve una totalidad intencionada, un modo específico de percibir y crear el “efecto de conjunto”, posible por la acción de la letra, pero además por las mismas características de los discursos y las obras durante la organización y consolidación de los estados nacionales. Estos autores proponen una “sucesión de plurales”, como dice Anderson con respecto al *Periquillo Sarniento* de Fernández de Lizardi (54), de personajes y espacios que constituyen una cohesión mediante la que se reordena y sanciona lo público: esa es su vocación modeladora frente a la realidad.

De esta forma, para Zarco parece necesario obviar o atenuar los factores que implican un riesgo en nombre del acuerdo social que sostiene el progreso, mientras que, para Prieto, hay que mostrarlos porque su denuncia unifica lo productivo del país. Así, aunque sus imágenes de auge y precipitación del ambiente urbano, junto a los procedimientos de condensación y decoración que emplean en diferentes escalas, nos *permitan conectarlos* con la respuesta de los cronistas finiseculares ante la modernización, su “tránsito por la ciudad” es, sobre todo, cívico y ético; es la muestra del entramado ideológico que orientó a escritores y naciones en el período de la post-independencia en América Latina.

Referencias

- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura económica.
- Blest Gana, A. (2002). “Literatura chilena (algunas consideraciones sobre ella)”. En *Estética hispanoamericana del siglo XIX*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Bohórquez, D. (2007). *Del costumbrismo a la vanguardia. La narrativa venezolana entre dos siglos*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Dabove, J. (2009). “Ciudad Letrada”. En R. Mckee y M. Szurmuk (Comp.). *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. México: Siglo XXI, pp. 55-60.
- Fuentes, C. (1994). *El espejo enterrado*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez, G. (1987). “La literatura hispanoamericana del Fin de Siglo”. En I. Madrigal (Comp.). *Historia de la Literatura Hispanoamericana, del Neoclasicismo al Modernismo*. Madrid: Cátedra.

-
- Montaldo, G. (1995). *La sensibilidad amenazada*. Caracas: Fundación Celarg, Editorial Planeta Venezolana.
- Prieto, G. (2013). *Por estas regiones que no quiero escribir. Algunos cuadros de costumbre*. México: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Rama, A. (1984). *La ciudad letrada*. Montevideo: Fundación Internacional Ángel Rama.
- Ramos, J. (2009). *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana.
- Ranciére, J. (2011). *Política de la literatura*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Rodríguez, C. (2009). "El spleen como discurso disciplinante. Las crónicas de la ciudad de Francisco Zarco y la resemantización del desencanto moderno". En *Iberoamericana*, N. 29, VIII, pp. 8-18
- Romero, J. (1986). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sarmiento, D. (1985). *Facundo o civilización y barbarie*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Sommer, D. (2004). *Ficciones fundacionales: las novelas nacionales de América Latina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Soto, P. (2009). "La ciudad latinoamericana: un topos para la civilización y la barbarie". En Cáceres, A; Landaeta, P. y Rojas, B. "La ciudad letrada: la escritura como política". *Hybris. Revista de Filosofía*, vol. 6, N. 1, mayo de 2015, pp. 27-41.
- Zarco, F. (1994). *Crónicas de teatro y de la ciudad. La moda*. Tomo XIX. México: Centro de investigación científica Jorge L. Tamayo.

